

El capitalismo digital Mutaciones y nuevas formas de acumulación

Carla Espósito Guevara¹

El capitalismo está experimentando una mutación profunda, impulsada por una Cuarta Revolución Tecnológica que nos lleva a la era digital centrada en el *big data*. Esta transformación está dominada por los gigantes de Silicon Valley —Facebook, Google y Amazon—, hoy convertidos en corporaciones multimillonarias, que se conoce como *capitalismo de plataformas*.

Este nuevo modelo busca superar la crisis del capitalismo restaurando la caída de la tasa de ganancia mediante formas inéditas de acumulación y explotación. Así, el capital se expande hacia territorios antes inexplorados, alcanzando una escala sin precedentes. Nunca antes el capitalismo había abarcado tanto la economía como la vida cotidiana, la subjetividad, las emociones e incluso el amor, que ahora se convierten en mercancías dentro del mercado digital.

Esta revolución digital está modificando las formas de explotación laboral y favoreciendo una mayor flexibilización del trabajo. Se están creando mecanismos más sofisticados para extraer plusvalía, mediante la desregulación del mercado laboral y la desterritorialización de los procesos productivos. La robotización sustituye a trabajadores en múltiples ramas y, al mismo tiempo, elimina derechos laborales.

Uno de los principales peligros de esta mutación es que, si bien la robotización no puede reemplazar por completo al trabajo humano —fuente esencial del valor—, la inteligencia artificial está sustituyendo muchas habilidades intelectuales y creativas, destruyendo masivamente fuentes de empleo, dejando obsoletos numerosos oficios y profesiones.

Por otro lado, los procesos de uberización y otras plataformas están creando un nuevo proletariado informal: flexible, descolectivizado, precarizado, sin contratos sin salarios fijos, dependiente de la ganancia diaria, que asume todos los riesgos, y está devaluado por la inteligencia artificial. El trabajo digital avanza hacia una sociedad de autoexplotación, en la que ya no son necesarios los controles externos típicos del siglo XX. Hoy los propios individuos se explotan a sí mismos en redes y plataformas, creyendo que

¹ararunday@gmail.com

ejercen su libertad como “emprendedores”, cuando en realidad están atrapados en un sistema algorítmico que los sobreexplota.

Las plataformas digitales son infraestructuras que actúan como intermediarias entre distintos grupos de usuarios (por ejemplo, Uber conecta a pasajeros con conductores), pero además de facilitar interacciones, extraen valor al procesar y monetizar los datos generados por esas interacciones. Estos datos se convierten en materia prima para un enorme mercado de información, donde se construyen y entrenan algoritmos.

Vivimos en la era de la algoritmización de la vida cotidiana. El uso masivo de datos y su interpretación algorítmica promueven un nuevo modelo de relaciones humanas. Los algoritmos regulan comportamientos, modulan deseos y consumos, y a través de la publicidad personalizada controlan la atención mediante dinámicas de recompensa (likes, notificaciones, dopamina digital). Generan perfiles predictivos que influyen en oportunidades laborales, acceso a créditos e incluso en la vigilancia policial basada en *big data*.

Esto no constituye únicamente una transformación tecnológica o económica; es una profunda mutación cultural un nuevo orden tecnológico, que produce cambios inconmensurables en la subjetividad humana, alterando nuestra sensibilidad, la forma en que nos relacionamos entre nosotros y con el entorno, y hasta nuestra propia condición como seres humanos.

La consecuencia política más relevante es la fragmentación y descolectivización de la acción política, que debilita la posibilidad de una respuesta coherente y genera una multitud conectada incapaz de articular un horizonte de transformación sostenible.

Este momento conlleva consecuencias sociales, políticas e incluso civilizatorias muy serias y plantea enormes desafíos para la izquierda, que debe defender los derechos conquistados tras décadas de lucha que han empezado a ser obsoletos, promover regulaciones y proteger la misma dimensión humana expropiada por las máquinas.

Así, la pregunta que surge es: ¿cómo reinventar nuevas formas de lucha para los obreros digitales? ¿Cómo salvar la inteligencia humana de la obsolescencia? ¿Cómo reapropiarnos de las redes digitales para reorganizar la protesta, lo social y lo común?